

FM/966

DISCURSO

LEIDO EN EL

INSTITUTO HOMEOPATICO

EN EL ACTO DE LA APERTURA DEL CURSO DE 1883-84,

POR EL

DOCTOR D. ESTEBAN ESPARZA Y DOMINGUEZ,

ALUMNO PREMIADO DE DICHO INSTITUTO.



MADRID.

Establec. tipográfico de Lapuente, Amnistia, 12
1883

FM/966

DISCURSO

LEIDO EN EL

INSTITUTO HOMEOPÁTICO

EN EL ACTO DE LA APERTURA DEL CURSO DE 1883-84,

POR EL

DOCTOR D. ESTÉBAN ESPARZA Y DOMINGUEZ,

ALUMNO PREMIADO DE DICHO INSTITUTO.



MADRID.

Establec. tipográfico de Lapuente, Amnistia, 12
1883.

Señores:

Al recibir la señalada distincion con que me honró el cláustro de Profesores de este Instituto adjudicándome uno de sus anuales premios, contraje por mi parte el ineludible deber de hacerle presente mi adhesion y reconocimiento, como único médio factible á mi alcance, de demostrarle la más sincera de mis gratitudes; solo con este objeto vengo á dirigiros en este instante mi palabra, privándoos de seguro de escuchar otras más elocuentes y autorizadas que con magistral acierto pudieran desarrollar el importantísimo tema de mi presente disertacion; sírvame de disculpa mi buen deseo, y conceder la benevolencia tan sin límites que habeis de necesitar para prestarme atencion en la escursion científica que me propongo hacer, alentado tan solo con la esperanza de que los inmensos vacíos que en mi discurso han de aparecer, vuestra ilustracion ha de llenarlos cumplidamente, y vuestra amabilidad ha de saber dispensarlos.

La ciencia médica que como todas las demás ciencias ha ido evolucionando de una manera constante, y acercándose cada

vez más hacía la cumbre de la escala del progreso, ha estado constituida siempre, por una série de sistemas más ó menos lógicos, más ó menos filosóficos, pero de cuya heterogénea agrupacion, no podia resultar un todo uniforme, una unidad armónica, sino un caos de teorías y la anarquía más completa; esta medicina recibió siempre el nombre de alopática, ó tradicional. A cada sistema que como débil destello de una preclara inteligencia aparecía en las regiones del saber, sucedía bien pronto otro, quizá diametralmente opuesto, pero que no por eso dejaba de tener entusiastas partidarios, para á su vez ceder el puesto al que más posteriormente habia de reemplazarle, y no interrumpir la continuada aparicion, dominio y decadencia de doctrinas que continuamente se ha observado en el mundo médico. De esta manera se ha formado la escuela alopática, y ésto como veis no puede dar por resultado más que las tinieblas intensísimas que necesariamente han de rodearnos, al examinar el inmenso catálogo de principios establecidos, contrarios los unos á los otros, y tenazmente defendidos por sus partidarios, aunque caidos en desuso desde la desaparicion de sus autores: ¿Dónde están los axiomas fijos y científicos de la escuela tradicional? En la suma total de sistemas que la constituyen, dejando al arbitrio de cada práctico, al criterio individual de cada médico, que reconozca como buenos y legítimos, ya los legados por Hipócrates, Galeno, Brosseais, Brown, ó tantos otros como la historia de la medicina nos ofrece en sus páginas. En este estado se hallaba la ciencia á fines del siglo XVIII cuando apareció el insigne Hahnemann, que introdujo no ya una incompleta reforma médica, sino que instituyó la verdadera ciencia con el planteamiento de su escuela, la cual fué rechazada desde su origen por prejuizarla ligeramente, sin meditar antes que lo irrefragable de sus axiomas, que la incontestable verdad de sus doctrinas, la haria inexpugnable para los demás sistemas, y que aun á pesar de sus detractores, reinaria en el criterio de los verdaderos amantes del saber, y no sucumbiria á los envenenados

dardos contra ella lanzados, porque la verdad está blindada por la impenetrable coraza de la lógica, ante la cual nada pueden la sátira, ni la crítica, únicas armas con que se pretendia rebatir la homeopatía.

Nacida ésta en Coethen y Leipzig bien pronto supo conquistarse entusiastas partidarios que encargáronse de estenderla y propagarla por toda Alemania, Europa, despues América y otros paises, sin que en la actualidad sea desconocida en ninguno de los que siguen la corriente de los modernos descubrimientos. Encarnizadas luchas doctrinales, y personales algunas; conspiraciones inícuas y trabas espesas fueron oponiendo á su progresiva marcha, los adeptos de enemigas escuelas, y á pesar de sus diabólicas maquinaciones, la homeopatía triunfó, triunfa y triunfará siempre, porque la ciencia nunca puede ser vencida por la ontología y el error.

En la actualidad, puede decirse que la lucha ha cedido algun tanto, nuestras doctrinas no se ven diariamente atacadas de una manera decidida, inculpándolas acaso de refractarias á todo progreso, y pretendiendo gratuitamente que los homeópatas con nuestra intolerancia nos oponemos á la evolutiva marcha del perfeccionamiento médico; mas no es así; harto sabeis que el sagrado templo de la homeopatía si bien permanece aislado de los cenagosos errores alopáticos conservando su verdadera independencia, ésto lo hace porque la ciencia es una, y debe mostrarse orgullosa y limpia de impurezas, por más que las puertas de nuestra escuela no se cierren para todo aquel que con una intencion sana, acuda á ella queriendo depositar el óvolo de su laboriosidad é inteligencia, dispuesta al verdadero perfeccionamiento y amplificacion de nuestros fundamentales dogmas. No rechazamos los adelantos modernos, sino que por el contrario los asimilamos á nuestras doctrinas, debiendo encaminar nuestros trabajos, á demostrar que todos cuantos descubrimientos aparecen en el poderío del humano saber, corroboran lo antes dicho por Hahnemann, y son un poderoso

sosten de nuestras ideas. Hasta la fecha ni un solo experimento, ni una sola investigacion contradicen las afirmaciones de nuestro sábio maestro, y aun aquellos que por su carácter organicista parecen rebatirlos, son un coadyuvante más de esas mismas doctrinas. El parasitismo, teoría que tan en boga se halla en la actualidad y con la cual se pretende explicar la patogenia de muchas enfermedades, á la vez que se quieren extraer argumentos para combatir el principio patológico de la escuela hahnemanniana, ni le niega, ni le conmueve en lo más mínimo, sino que es una afirmacion más que patentiza, el que la enfermedad es una perturbacion dinámica, un desequilibrio de las fuerzas que mantienen la normalidad del funcionalismo orgánico.

Hé aquí Señores el asunto que me propongo tratar, enunciado de la siguiente manera: «La importancia del parasitismo en patologia y terapéutica, examinada ante el criterio hahnemanniano.»

Sabido de todos es, que las investigaciones microscópicas han patentizado la existencia de seres orgánicos inferiores en la sangre, humores ú órganos de algunos pacientes de enfermedades infecciosas, y como quiera que su presencia es constante, hánse sacado deducciones que pretenden hacer depender la esencia íntima de la enfermedad de estos mismos organismos, llegando hasta el extremo de asegurarse por algunos médicos: «1.º Que estos parásitos son la causa de la infeccion. 2.º Que constituyen su naturaleza puesto que no es posible separarlos del estado morbozo y 3.º que el único tratamiento racional y científico, seria aquel que privando á estos organismos de su vitalidad, atacase al padecimiento en su propia manera de ser, y por consiguiente restableciera prontamente la fisiología perdida al instituirse la enfermedad.» Estas son en resumen las afirmaciones de los que defienden el parasitismo, deducciones que como veis, á ser ciertas, causarian profunda herida en el organismo de nuestra escuela, sobre todo en lo que á su terapéutica

se refiere, y en vano lucharíamos contra tan poderoso enemigo; mas no es así Señores, las consecuencias son erróneas porque el resultado de todo razonamiento que parte de apreciaciones falsas, no puede menos de serlo á la vez, y ésto es lo que he de pasar á demostrar en este momento.

En primer lugar, veamos si los parásitos son causa de las infecciones, ó efecto de ellas, y en segundo si ellos son la causa, examinemos cómo producen la infeccion ó bien cómo ésta origina á aquellos si cual afirmamos los homeópatas son efecto de ella. Picot y otros autores, han practicado diversos experimentos para esclarecer estos conceptos, y se han fijado principalmente en la septicemia experimental, considerada como tipo de las enfermedades infecciosas y conduciéndose para la experimentacion de la siguiente manera: Tomaban una gota de pús de un cadáver, y la examinaban en la platina del microscópio, observando que en ella existian organismos de orden inferior; inyectada esta gota de pús en el torrente circulatorio de un perro por una de sus venas yugulares, pasado algun tiempo se presentaba la enfermedad; una nueva gota de sangre de este animal incorporada á la masa sanguínea de otro individuo de su misma especie, le producía el mismo efecto, y ponía á la vez su sangre en condiciones de comunicarla, observando que la infeccion se producía tanto más rápidamente, cuanto mayor era el número de organizaciones que el primitivo factor morbífico habia atravesado; luego el pús dotado de parásitos, era capaz de producir la infeccion; no podremos asegurar de igual modo sin faltar á la lógica severa que debe dirigir todas nuestras investigaciones, que únicamente los organismos inferiores constituyan la causa del padecimiento. Sometido el pús ó humores con que se experimente á diversas operaciones como son la calefaccion, la accion del hielo ó reactivos químicos, que atacan la vitalidad del parásito sin alterar en nada la naturaleza del vehículo en que se halla, se practicó nuevamente el experimento, con la esperanza de no ver realizarse el fenómeno, si verda-

deramente era dependiente de los microbios que antes estaban dotados de vida; pero con sorpresa del experimentador, el resultado fué el mismo, la infeccion se presentó, y seria una químera pretender que reconocia por causa lo que no existia; es decir, el parásito. Sangre tomada de animales que padecen una septicemia cuando ésta se halla en sus primeros períodos, y entonces el microscópio no revela la presencia de parásitos, es capaz de determinar y determina siempre la infeccion en otros seres que se sometan á su inoculacion; y aún como si estos hechos no fueran bastantes, como si la razon en vista de ellos no estuviera lo suficientemente autorizada para protestar de los asertos de Pasteur y sus partidarios, un experimento final y fielmente repetido para garantizar su exactitud, ha venido á negarlos. Pús ó sangre de animales septicémicos de la cual se han extraido los parásitos, ha quedado dotada de propiedades infecciosas, al paso que los parásitos aislados y previamente lavados para privarles de todo principio á ellos ageno, han sido introducidos en el organismo de animales sanos, permaneciendo inertes ó inofensivos y demostrando bien á las claras su impotencia de engendrar la enfermedad, y la inexactitud de los que les imputan el delito de ser la causa de estados morbosos en cuyo curso aparecen, sin representar papel alguno en lo que á su etiología se refiere, y únicamente siendo producidos por la infeccion.

Tenemos pues demostrado que los parásitos no son causa del estado morbozo, y sí efecto del mismo; pero es preciso que para sustentar esta teoria expongamos nuestro razonamiento que la apoya, evidenciando lo verídico de nuestros asertos. Si los microbios no son el elemento generador de la infeccion, claro está, que ésta ha de precederlos en su aparicion; así lo afirman la clínica, y la experimentacion; ya hemos dicho anteriormente que examinada al microscópio la sangre de los animales septicémicos cuando la enfermedad se halla en sus primeros períodos, el parásito no aparece, y por consiguiente ha de evolucionar el proceso morbozo para que en más avanzadas

etapas podemos evidenciar y examinar los organismos inferiores; las condiciones del experimento no varían, en los primeros momentos de la infeccion no aparecen y si más adelante; luego lo lógico, lo científico y lo racional, es atribuir al trastorno dinámico que constituye la enfermedad, la facultad de provocar la aparicion de estos microscópicos seres, de la manera que más adelante expondré, al explicar el cómo yo entiendo su produccion determinada por el proceso patológico.

Los parásitos no son otra cosa más que datos micrográficos observados en la organizacion de individuos enfermos, y así como la exudacion plástica en las inflamaciones, y los cambios celulares en las degeneraciones, son consecuencia legítima del cambio experimentado en las fuerzas que rigen la fisiología de los órganos, así los parásitos aparecen á su vez producidos por el trastorno dinámico que la enfermedad ha originado. ¿Qué razon pues habrá si nó, para que no aparezcan desde el principio de la infeccion? Ninguna y sin embargo no se nos muestran hasta que la organizacion enferma se pone en condiciones aptas para su aparecimiento, ó sea hasta que *la enfermedad modificando la economía, los engendra.*

Los defensores de la escuela de Pasteur explican la produccion de las enfermedades infecciosas y de todas aquellas que creen de naturaleza parasitaria, de una manera que si bien puede admirarse como recurso de imaginacion y elucubraciones de entusiastas entendimientos, sin embargo, á primera vista no puede menos de rechazarse examinada como científica y práctica.

Introducidos los organismos inferiores en la economía humana, necesitan para su sostenimiento y produccion, gran cantidad de oxígeno, puesto que grande es tambien la cifra á que alcanzan por su poderosa accion reproductiva; y como este oxígeno vivificador le encuentran en la sangre y tegidos del hombre, le absorben, privándole de él á los órganos y líquidos de la organizacion; la sangre desoxigenada de esta manera, no queda

en condiciones de atender á las necesidades de la vida, y por consiguiente, imprime poderosas variantes en el funcionalismo humano, le perturba, y por una especie de axfisia interna, provoca la enfermedad á que denominamos infeccion; así entiende la escuela del parasitismo la génesis de la infeccion, y con más facilidad que acierto esplica uno de sus más escabrosos puntos. Pero ya lo veis; esto no puede admitirse, porque ni aun á la sola argumentacion teórica se resiste; si los parásitos se condujeran de este modo, lo harian en virtud de un acto fisiológico comun á todo ser vivo, en virtud de su respiracion; respiran, absorben nuestro oxígeno y nos producen la enfermedad; ¿pero cómo entonces el organismo humano enferma de distintas maneras cuando son diversos los parásitos que en nuestra sangre se encuentran? ¿qué razon hay por ejemplo, para que el microbio del cólera, no sea el de la fiebre tifoidea y el de ésta el que aparece en la infeccion purulenta? Compréndese que si estos seres nos producen una axfisia interna, la axfisia debe ser la misma aunque la produzca distinto parásito, porque á éste no le está reservado otro papel, que el de desoxigenar la sangre, para determinar la enfermedad; y esta desoxigenacion todos la verifican de igual modo sea la especie que quiera; comprendo Señores, que se digera que de este modo se produce un estado morbosó, que los parásitos eran capaces de determinar siempre una misma alteracion; pero la teoría de Pasteur no esplica el por qué esta alteracion es unas veces el tifus, otras la fiebre amarilla ó el cólera. Quizá me se conteste que la especie morbosó se determina por las condiciones individuales del sujeto enfermo, pero esto es inaceptable tambien puesto que entonces las epidemias no serian uniformes, sino que unos individuos presentarían una enfermedad infectiva, al paso que durante una misma epidemia se vería otra en individuos diversos, pudiéndose contraer entonces una tifoidea por contacto de un septicémico, una septicemia de un varioloso, ó una viruela por contagio de un colérico, lo cual como veis es absurdo. En consecuencia, hemos visto ante-

riormente que si bien los parásitos no son la causa de la enfermedad, no es menos cierto segun vemos ahora, que aunque ellos la produjeran no seria de la manera que los secuaces de Pasteur pretenden, puesto que esa teoría deja por explicar la individualidad morbosa que se observa, individualidad que se transmite por contagio sin originar el metamorfismo de una en otra.

Llega Señores, la oportunidad de exponer, el cómo segun mi entender se produce la infeccion sin que en ella intervengan para nada los parásitos, y despues dar explicacion de la presentacion de los mismos, como resultado de la enfermedad; es decir, no basta refutar la teoría del parasitismo, sino que es preciso indicar la que llena los vacios á que ella aspiró cubrir, y por lo tanto debo anunciar la patogénia de las enfermedades infecciosas, dentro de la lógica y de la ciencia.

Nosotros decimos apoyándonos en las experiencias anteriormente citadas, que el principio generador de la infeccion es un fermento, y las leyes que la rigen, son idénticas á las que presiden todo acto de fermentacion química, si bien se conduce de una manera dinámica para despertar la enfermedad que ella misma origina. Los fermentos sabemos que son particulas de materias orgánicas que han experimentado un principio de desorganizacion constituido por el desdoblamiento de algunas de sus sustancias formatrices; asi es que el primer paso en la descomposicion de las materias organizadas, es la fermentacion; los fermentos tienen la propiedad de producir por acciones catalíticas ó de presencia, el desdoblamiento de las sustancias orgánicas de análoga composicion á la de ellos, cambiando por el desprendimiento de algunos de sus principios químicos, su combinacion primitiva; en esta metamorfosis no hay combinacion de elementos; puesto el fermento en presencia de los cuerpos fermentescibles sin que haya verdaderas reacciones químicas sino únicamente descomposiciones más ó menos estensas, el fenómeno se verifica, y al poco tiempo la masa total del cuerpo sometido á la accion catalítica del fermento, ha sufrido el

cambio en su composicion que le ha hecho aproximarse en un todo al estado en que aquel se encuentra, dotándole á la vez de la facultad de provocar el desdoblamiento de nuevas sustancias análogas sometidas á su accion; hé aquí cómo se efectuan las fermentaciones, y hé aquí tambien cómo se verifica la infeccion, sin separarse en nada de leyes que dirigen á las primeras.

El pús ó los humores empleados por Picot y otros autores en sus experimentaciones, está dotado de la virulencia que como hemos dicho, depende del desdoblamiento en que algunos de sus componentes se hallan; los albuminoideos; la sangre del animal como contiene gran cantidad de estos principios, es un líquido de los denominados fermentescibles por su propiedad de modificarse bajo la accion del fermento, y tan luego como se pone uno en presencia de la otra, se verifica el fenómeno quedando á la vez la sangre dotada de la propiedad de despertar nuevas fermentaciones actuando sobre las sustancias albuminoideas; mas es preciso investigar de una manera más íntima el cómo puede efectuarse este metamorfismo y cómo puede comunicarse con la facultad fermentescible de una á otra sustancia, su misma virulencia ó aptitud de producir la enfermedad infecciosa.

La virulencia, es la actividad morbífica de los principios infecciosos, y como actividad no puede menos de ser una facultad del orden dinámico, una modificacion especial del dinamismo que en todo cuerpo existe; esta modificacion como todas las que en el dinamismo se efectuan, y conste que me refiero á las de este orden exclusivamente, no pueden menos de ser manifestaciones flúidicas apreciables tan solo por sus ulteriores efectos. En las materias orgánicas en estado de virulencia ó fermentacion pútrida, el dinamismo de las mismas se encuentra constituido de una manera especial que nos es desconocida, pero cuyo inmediato efecto es la contagiosidad en ellas manifiesta; puesta una de estas sustancias en presencia de la sangre de cualquier animal, como está revestida de la actividad morbífica de que he hablado, ha de solicitar la alteracion de los productos de análo-

ga composicion á la suya, y tender á colocarlos en iguales condiciones, ó sea dotarlos de idénticas propiedades á las que ella posee; y como ésto no se verifica sin prévia modificacion de la fuerza que mantiene la normalidad del líquido sanguíneo, y esta fuerza no es otra que el dinamismo, de aquí que la primera accion de todo principio infeccioso, para producir la infeccion, sea puramente dinámica; actuando el dinamismo de la sustancia virulenta sobre el de la sangre del animal objeto de la experiencia, éste sufre un cambio íntimo en su manera de ser, que le pone en idénticas condiciones que el primero, y como estas condiciones constituyen la contagiosidad, queda revestido de esta misma propiedad, y no solo de ella, sino que á la vez las partículas materiales que la forman, sufren el cambio químico que aquellas han experimentado ó lo que es igual, experimentan la fermentacion de que me vengo ocupando. En este estado la sangre, despierta análogo metamorfismo en todas las sustancias de igual composicion que encuentra en el vastísimo radio de su circulacion, conduciéndose de idéntica manera á la descrita anteriormente, y dando por resultado final la infeccion general del organismo, que es la causa determinante de la enfermedad.

En el precedente exámen hemos estudiado la génesis de las enfermedades infecciosas sin tener que recurrir para explicarla, á la constante presencia de los parásitos en el organismo, los cuales si bien es cierto que aparecen siempre, lo hacen á consecuencia del estado morbozo, y habreis de permitirme una ligera digresion, una mirada retrospectiva, sobre la constitucion de nuestra trama orgánica, para deducir de ella consecuencias aplicables á mi razonamiento que den idea del cómo la enfermedad se conduce para presentarnos los microscópicos seres que tan importante papel desempeñan en la teoria de Pasteur como secundario en la que nosotros aceptamos.

La economía compuesta de órganos y aparatos de órganos relacionados entre sí por una fuerza directriz de su funciona-

lismo, que encamina este mismo funcionalismo á un objeto final, la realizacion de la vida, es un total armónico formado por multitud de elementos dispuestos en cada órgano de una manera adecuada al importante papel que en la fisiología le está encomendado desempeñar; el último límite de la division material, ó sea el elemento más simple de la organizacion es la célula. Las células son el elemento primordial y formatriz de nuestros tejidos, y por más que existan diversas variantes segun aquel á que pertenezcan, son el prototipo del funcionalismo orgánico; la célula nace, se nutre y por consiguiente crece; la célula segrega y excreta, la célula respira y finalmente se reproduce para desaparecer despues. Vemos que es un ser vivo dentro de nuestra misma organizacion, y por si aun pudieran quedar dudas, las desvanece estando dotada de movimientos diversos aun del de traslacion, y de todos cuantos atributos concedemos á la vitalidad; ésto, cuando conserva el estado fisiológico íntegro. La armonia de todas sus funciones, constituye su salud, y tan pronto como una de éstas se perturbe, su fisiología toda ha de resentirse, por el desequilibrio existente entre todas las fuerzas que presiden su funcionalismo; así vemos que si la nutricion predomina, ó es deficiente, acarrea la hipertrófia en el primer caso, ó la atrófia en el segundo, si la secrecion es la afectada, las degeneraciones, al paso que la hiperplasia ó hipoplasia de un órgano, tiene lugar cuando por efecto de una exuberancia ó deficiencia reproductiva de sus células, aumenta ó disminuye el número total de éstas, en el órgano enfermo.

En el estado normal, las células están sometidas á la accion del dinamismo general del cuerpo de una manera tal que conservan su fisiología, pero cuando ésta se altera prévia una modificacion de aquel, las fuerzas que actuan sobre la parte material de la organizacion, varían imprimiendo metamorfosis celulares que no siempre nos son conocidas, pero que constantemente son de una presentacion posterior á la del estado morbozo que las ocasiona; de aquí el que no pueda sostenerse la hipótesis de

que una enfermedad es puramente local, porque si bien la lesion material está localizada, esta lesion no pudo comenzar á crearse sin un anterior trastorno del principio vital ó dinamismo. ¿Qué de extraño tendrá el suponer en este caso que los principios celulares de nuestra economia sufren modificaciones dinámicas capaces de acarrear posteriormente las metamórfofis que los hacen aparecer ante nuestra vista bajo la forma que asignamos á los parásitos? ¿Por ventura poseen caracteres distintos fuera de los que á su configuracion externa se refieren, que no los hallemos en las células? Ninguno; así es Señores, que yo me inclino á creer por más que ésta sea opinion individual y por lo tanto argumento de menos fuerza, que los tan decantados parásitos de las enfermedades infecciosas, no son otra cosa que células de nuestra trama histogénica, metamorfoseadas bajo la influencia de la enfermedad; por eso no aparecen en los primeros períodos de ella; porque están sufriendo el trasformismo con que despues se nos manifiestan; por eso no son capaces de comunicar la enfermedad *por sí solos*, porque no constituyen la esencia del estado morbofo.

Pudiera suceder, aunque no lo creo por no haber sido encontrados fuera de la economía enferma, que estos seres orgánicos procedieran del exterior, que penetrasen por los orificios naturales de nuestra organizacion, bien bajo la forma de gérmenes, ó de parásitos ya desarrollados, y probado como lo está y ya dejo dicho que son impotentes para producir la infeccion, permanecerían impunemente dentro de nuestro cuerpo, hasta tanto que producida la enfermedad por otras causas, la economia se instituyese en condiciones aptas para que ellos se manifestasen; luego aun en este caso ¿qué sería preciso para poder apreciarlos? La antelacion del padecimiento y por consiguiente el que éste preparase la organizacion enfermándola para que ellos tomasen un asiento fijo y duradero; por eso vemos tambien en este caso, que no pueden aparecer hasta un momento dado, hasta que la suma total de circunstancias les fuera favorable para

su sostenimiento, y por consiguiente hasta que la enfermedad avanzando en sus períodos, les pusiera en condiciones de vida.

Pero lo repito; merece mi predileccion la primera teoría, que no solo me explica el origen de los parásitos en las enfermedades infecciosas, sino que á la vez me dá una razon satisfactoria para comprender la constancia de su presentacion, y el por qué de su individualidad en cada estado morbooso, teniendo la ventaja de dilucidar así un punto de doctrina, que han dejado oscurecido hasta los mismos partidarios de la teoría de Pasteur.

Como el trastorno dinámico de cada enfermedad es diferente, de aquí el que no se confunda una especie morboosa con otra, y como la influencia ejercida sobre la parte histológica es siempre la misma en cada enfermedad, tambien es la misma la lesion anatómica correspondiente; así es como comprendo que el parásito de la fiebre tifoidea no sea el mismo de la puerperal, ó el de otra cualquiera infeccion, porque el trastorno dinámico que ocasiona el trasformismo de los elementos celulares, es siempre diverso segun el estado morbooso á que corresponde, y la configuracion resultante ha de serlo tambien á su vez.

La segunda afirmacion de la escuela parasitaria, no es más verdadera que la primera, y apoyada en ésta cuya falsedad hemos demostrado, no puede tener de por sí más vida; si los parásitos no son la causa de las enfermedades como hemos visto, menos aun constituyen su naturaleza; es decir, que no admito que las infecciones sean enfermedades parasitarias; y no solo no creo que no pueda admitirse ésto, sino que á la vez afirmo, no existen estados morbosos cuya manera íntima de ser, sean los microbios; niego en absoluto las enfermedades de naturaleza parasitaria por más que en algunas concedo que á los organismos inferiores deben su manifestacion; me explicaré.

La psora, las tiñas y tantas otras enfermedades que se designan en la actualidad como dependientes de los organismos inferiores posesionados de nuestra organizacion, para mí no es así, y solo si creo que al parásito deba su presencia el padecimiento,

haciendo depender de aquel un papel etiológico, causal exclusivamente.

En efecto Señores: tan pronto como el *ácarus scabiei* toma asiento en nuestra piel, se reproduce con la vertiginosa rapidez que le distingue, y depositando el jugo morbífico que como producto de secrecion posee, nos determina la dermatose á que denominamos psora; pero es bien seguro que si en este período, cuando las lesiones dérmicas aparecen, privamos al *ácarus* de su vitalidad valiéndonos de pomadas ó medicamentos de accion exclusivamente parasitocida, no conseguimos ver desaparecer por completo la enfermedad y curarse, puesto que seria erróneo el tomar por curaciones las metáxtasis tan frecuentemente observadas, ó los rápidos desaparecimientos bien pronto seguidos de frecuentes recidivas, pero sin que en este caso la enfermedad recidivada nos manifieste el parásito; es decir, tenemos á la vista un padecimiento desprovisto de su naturaleza, una enfermedad sin la misma enfermedad, lo cual como veis es insostenible, á menos de escitar la hilaridad de todo hombre de ciencia.

Todos hemos observado por limitada que sea nuestra práctica médica que cuando atacamos la psora por agentes medicinales aplicados al exterior únicamente, coincide su desaparicion con la presentacion de gastrálgias, neurálgias ó catarros, que bien á las claras demuestran que el estado patológico no ha hecho otra cosa que metaxtasiarse, cambiar de sitio, pero no curarse en definitiva ¿luego qué ha sucedido? que el agente medicinal no ha obrado más que por acciones físico-químicas locales cuyo inmediato resultado ha sido la muerte del parásito, modificando sí la lesion externa á la vez, pero dejando en pié el trastorno dinámico que constituyó el estado morbozo y que reaparece con nuevos síntomas.

Muchas veces tambien, examinamos dermatoses psóricas en las cuales no se manifiesta el parásito, fenómeno que frecuentemente se observa en individuos que con anterioridad la padecieron, pero de cuyo tratamiento se alejaron los medicamentos

internos; demostrando bien terminantemente todos estos hechos, que la naturaleza de la enfermedad no la constituyen los parásitos cuya constancia tantas veces falta, fenómeno irrealizable si en la sola presencia del ácarus consistiera la dermatose.

La polimorfia de las lesiones dérmicas que como sabeis es uno de los síntomas constantes de la psora, no se concebiria admitiendo como verídica la idea de que el parásito fuera la naturaleza del padecimiento, porque si la impresion local é irritante de este sér vivo fuera el único productor de la anatómica lesion, como en todos los puntos donde él existiera, la impresion es la misma, el resultado inmediato, el trastorno histológico seria idéntico. Ya lo veis, el ácarus es el conductor, el vehículo vitalizado del agente morbífico é irritante, que depositado en la capa dérmica de nuestra piel, provoca la irritacion, que *á posteriori* trastornando el dinamismo general de nuestra organizacion provoca la enfermedad que ha de acarrear las lesiones orgánicas y polimórficas; polimórfia que se presenta como carácter típico de esta enfermedad, de igual modo que la tós espasmódica es característica de la coqueluche, ó el esputo herrumbroso de la pneumonia. La naturaleza de este padecimiento como en todos los demás casos, es dinámica; depende pues de una perturbacion que destruye el equilibrio de todas las fuerzas y movimientos de nuestra organizacion, y por consiguiente ese desequilibrio, es el mismo estado morboso, porque imposible es aislar al uno del otro, ni concebir su existencia aislada, no estándole reservado á los parásitos otro fin, que el de conducir el agente morbífico, destructor del fisiologismo dérmico.

Esto dicho con relacion á la psora, es aplicable á otra cualquiera de las enfermedades parasitarias, que si bien con tal denominacion se expresan, es adecuada para comprender en su nombre la causa que las produce, pero inaceptable si queremos indicar su manera íntima de sér, su naturaleza.

La naturaleza de las enfermedades, es invariable en el curso entero de su evolucion, y la misma durante la aparicion de

los síntomas prodrómicos que cuando terminan con los postrimeros períodos; por eso si los microbios fueran la misma infección como pretende Pasteur y sus partidarios doctrinales, el microbio coexistiría con toda la enfermedad, observándose desde la iniciación del padecimiento hasta la terminación del mismo, y no en avanzados períodos como sabéis que sucede; sería imposible separarlos de la enfermedad, y donde quiera que el microscópico sér existiese, tendríamos el estado morbooso; harto sabéis que no sucede ésto, y por consiguiente que el aserto de los defensores del parasitismo es erróneo.

Rebatidas las dos primeras afirmaciones de esta escuela, parece que la tercera se desprende de ellas, y por tanto que debiera desecharse; pero el solo hecho de que de ella se pretenden extraer funestos dardos para herir á la escuela homeopática, me ha de hacer estenderme algun tanto más de lo que quisiera en impugnar el punto eminentemente clínico y de aplicación de la teoría de Pasteur, aduciendo á la vez consecuencias que apoyen aún más las ideas anteriormente apuntadas.

Si las enfermedades infecciosas fuesen de naturaleza parasitaria, la curación se obtendría fácilmente con el solo hecho de privar de su vitalidad á los organismos inferiores que las constituyen, pudiendo así realizar uno de los más bellos problemas de la medicina «la simplicidad de la terapéutica» siendo así que un solo agente dotado de enérgica potencia parasitocida, podría dominar un crecido número de estados patológicos; pero desgraciadamente no sucede ésto; en las infecciones, el microbio es una consecuencia de ellas, y nada conseguiríamos con hacerle objeto de nuestra terapéutica de igual modo que jamás se ha curado un individuo escrofuloso con la extirpación de sus ganglios infartados; aun en las enfermedades que acepto denominar parasitarias, el parásito no ejerce más influencia que la etiológica de despertar el padecimiento, y una vez instituido éste, no detiene su curso á pesar de la desaparición del microscópico sér que le provocó, y demuestra palpablemente la inuti-

lidad de nuestra práctica cuando única y exclusivamente se encamina á la destruccion de él.

Enfermedades que existieran y estuvieran constituidas por la presencia de los parásitos sin intervenir para nada el dinamismo orgánico, se harian rebeldes á nuestra medicacion privada, por la pequeñez de sus dosis, de provocar trastornos tóxicos, é imposibilitada por tanto de destruir esos organismos sin cuya desaparicion la terapéutica seria infructuosa; y como estas ideas son profesadas por los médicos afines al parasitismo, de aquí el que se nos argumente que carecemos de medicamentos parasiticidas y por consiguiente que somos ineptos para obtener la curacion de todos estos estados patológicos; pero no es así Señores, todos sabeis que la escuela homeopática hace gran número de curaciones comprendiendo en ellas, las de muchas fiebres infectivas, así como dermatosis de las reconocidas como parasitarias, evidenciando así de una manera clara, lo erróneo que es atribuir á las enfermedades una naturaleza de esta índole; es cierto, no poseemos medicamentos parasiticidas pero no lo es menos el que para nada nos son necesarios en la práctica, como lo revelan el crecido número de curaciones y triunfos que obtenemos en la terapéutica de esas enfermedades.

Todo tratamiento para ser científico y racional, ha de dirigirse á la esencia íntima del padecimiento, porque tan pronto como la enfermedad desaparezca, los síntomas todos y demás fenómenos han de cesar; así es que nuestra tarea se limita á encontrar agentes capaces de sofocar la enfermedad en su misma naturaleza, sin distraer nuestra atencion en efectos secundarios; por eso no vemos los homeópatas en las lesiones anatómicas la afeccion misma, ni en los parásitos la infeccion, tomando á entrambos como guías para llenar las indicaciones, nó; elevamos algo más las miras de nuestras investigaciones, y vamos á buscar en su origen el objeto de nuestro tratamiento, combatiendo el padecimiento como se debe, en su propia naturaleza; sabemos que toda enfermedad es una manifestacion de un tras-

torno dinámico, y procuramos corregir este trastorno con agentes del orden dinámico tambien, oponiendo así fuerzas idénticas que rápidamente restablecen el equilibrio que la enfermedad perturbó al instituirse.

Por eso al combatir una fiebre infecciosa ponemos en accion medicamentos internos que si bien son inertes para destruir de una manera directa los microbios existentes en el organismo enfermo, dominan la alteracion dinámica, destruyen la enfermedad, y por consiguiente borran todas sus consecuencias histológicas, haciendo desaparecer tambien á los seres microscópicos que tanta importancia patogenésica tienen para algunos médicos, y de la cual están desprovistos segun lo prueban las curaciones obtenidas por medicamentos administrados á dosis fraccionadas, ó las alcanzadas por el método expectante. Difícil ó casi imposible seria el explicar estos fenómenos dentro de la teoría de Pasteur, porque si bien segun ella comprenderiamos los triunfos de una medicacion antiparasitaria, no sucederia lo mismo con los alcanzados sin el empleo de otros medios que una buena higiene; nos encontramos pues con otra prueba práctica, observaciones clínicas repetidas que manifiestan de una manera decisiva que no deja lugar á duda, lo quiméricas que son las aseveraciones de la moderna escuela que en todas partes y en todas las enfermedades, encuentra su correspondiente microbio, vibrion ó palmela, que si bien no satisfacen las exigencias de la práctica dejan á la vez mucho que desear dentro del terreno teórico.

Las enfermedades que he reconocido como de causa parasitaria no exigen tampoco otro tratamiento más que el interno, si es que de una vez se quiere hacerlas desaparecer, evitando las metaxasis ó repercusiones, que nunca deben tomarse sino como curaciones transitorias y por consiguiente indignas de merecer tal nombre; enfermedad que cambia de sitio, no ha sido curada y por tanto los que á beneficio de pomadas y medicamentos externos consiguen hacer desaparecer una psora para sustituirla

por una gastrálgia, no pueden vanagloriarse de tal curacion, sin hacer sufrir una lamentable vejacion á las generalidades más rudimentarias de la ciencia. Lo científico y conducente al plantear un tratamiento dirigido en contra de una enfermedad de las que actualmente son objeto de nuestro estudio, es poner en juego medicamentos que administrados interiormente, corrijan la alteracion del dinamismo producida por los parásitos ó los productos excretados por éstos, con la seguridad completa, de que tan pronto como la enfermedad dinámica se corrija, los parásitos desaparecerán ó permanecerán en nuestra economía de una manera inerte, sin provocar trastorno sintomático alguno y por consiguiente sin enfermar la organizacion; así tenemos por ejemplo, que los vermes intestinales no mueren bajo la influencia de nuestros medicamentos homeopáticos, pero el conjunto sintomático por ellos ocasionado, se domina desapareciendo los signos que caracterizan el padecimiento, pudiendo permanecer impunemente en el tubo digestivo del enfermo de igual modo que en otros individuos existen sin perturbar su fisiologia; esta conducta observa la escuela homeopática en el tratamiento de las enfermedades infecciosas y parasitarias, y solo haciéndolo así pueden obtenerse verdaderas y legítimas curaciones; el medicamento interno ataca al padecimiento en su naturaleza dominando el desequilibrio de las fuerzas orgánicas, desequilibrio que tan pronto como desaparece hace cesar la enfermedad que solo en él consiste; y como quiera que donde un estado morbosos exista la alteracion dinámica es innegable, de aquí emana la deducion que permite aseverar, que la única medicacion científica y racional es la medicacion interna, única y exclusiva tambien que emplea la escuela homeopática, porque ella sola basta para dominar todas las enfermedades conocidas hasta el dia, administrada en la época oportuna en que se halle indicada su aplicacion.

Aparece pues bien á las claras, que el final aserto de los campeones del parasitismo no es menos erróneo que los anterio-

res, como desde luego era de esperar, porque siendo corolario emanado de teorema inexacto, no podría encerrar en sí, la veracidad que en su primitivo origen falta.

Podemos asentar desde luego como consecuencias finales de toda mi anterior disertacion: 1.^a Que los parásitos que constantemente aparecen en el curso de las enfermedades infecciosas, no pueden justipreciarse como causa de ellas, sino como un efecto inmediato de las mismas, porque los experimentos de Picot, demuestran su ineficacia para producirlas: dado caso de que los parásitos determinasen la enfermedad lo cual no sucede, no podrian hacerlo de la manera que Pasteur pretende al decir que absorben el oxígeno de la sangre produciéndonos una especie de asfixia interna que ocasiona la enfermedad; de suceder ésto, todos los microbios producirian un estado patológico idéntico que si bien pudiera designársele con el nombre genérico de infeccion, jamás podria individualizarse en fiebre puerperal, tifóidea ó tantas otras como se reconocen por infectivas.

2.^a Los principios infecciosos son productos orgánicos en estado de putridez ó virulencia, que se conducen á la manera de los fermentos para producir la infeccion; ésta se efectua como las fermentaciones químicas, dando por último resultado la alteracion del principio vital, que constituye el estado morbozo, y los microbios producidos por la alteracion patológica, no son sino elementos de nuestra organizacion que solicitados por acciones dinámicas diversas, han experimentado metamórfosis variadas en cada enfermedad, constantes en una misma, y por lo tanto que explican la individualidad de los microscópicos seres á que denominan parásitos.

3.^a La naturaleza de las enfermedades infecciosas y parasitarias, en nada se diferencia de la de otros padecimientos, y como en todos ellos es una perturbacion de las fuerzas que armonizando los movimientos orgánicos de nuestra economía, mantiene su fisiologia; es un error por lo tanto admitir estados morbosos de *naturaleza parasitaria*, debiendo aceptarse sí, el que en

algunos casos la causa de esa perturbacion sean los parásitos ó productos por ellos excretados, pero sin referirlos en nada á la manera íntima de ser del padecimiento.

4.^a El tratamiento parasiticida nada consigue, ni domina la enfermedad, ni contrarresta otra cosa que sus ulteriores efectos, exponiendo muchas veces á metástasis graves, que nunca pueden tomarse por legítimas curaciones; por consiguiente el único tratamiento verdaderamente lógico, es el interno, que dominando el padecimiento en su primitivo origen, en su naturaleza propia, llena las condiciones que debe reunir toda terapéutica racional.

Como veis, nada de contradictorio para la escuela homeopática encierran los anteriores asertos, que son una comprobacion más de que el concepto patológico que profesamos es una verdad, y una evidente realidad de que nuestra terapéutica se vé regida por el criterio científico más exacto, patentizando que la escuela hahnemanniana, lejos de resentirse y debilitarse por los modernos descubrimientos, se consolida y afirma aun apoyada por los trabajos de nuestros contravertientes en doctrina.

Harto he molestado vuestra atencion, y sobrado tiempo me habeis dispensado la benevolencia de escuchar la lectura de tan desaliñado discurso, que si bien considero desprovisto del necesario mérito para elevarse hasta mis ilustrados maestros, sin embargo se le ofrezco, como la espresion sincera de mi reconocimiento y gratitud, tanto por la distincion que hoy me conceden, como por los esclarecidos y científicos consejos con que de ordinario iluminan mi limitado entendimiento.

HE DICHO.

